

# **AL14**

**Por Alia**

¿Dónde... dónde estoy? Me levanto lentamente, creo que si hiciera un movimiento brusco podría romperme. Me duele la cabeza... ¿Dónde estoy? ¿Quién... quién soy? Me miro las manos en busca de respuestas, aunque dudo que vaya a encontrarlas aquí.

Lanzo una mirada circular a mi alrededor, tratando de contestar a la primera pregunta que me he planteado. Vale, estoy en un edificio prácticamente en ruinas. Eso no me dice mucho... No veo nada que indique la salida de este lugar. Supongo que lo único que puedo hacer es caminar, en algún momento tendré que encontrar algo o a alguien. Al menos, eso espero.

Andar por aquí no resulta fácil, y menos en mi estado. ¿Cómo he acabado así? Creo que tengo que dejar de preguntarme cosas, o nunca llegaré a nada. El suelo está lleno de escombros, artefactos metálicos, papeles sucios y rotos... Me pregunto qué sería este lugar antes de lo que sea que haya pasado aquí. ¿Y qué habrá pasado? Vale, ya empiezo otra vez...

Camino durante bastante tiempo, más del que me habría gustado. Lo cierto es que no siento dolor, pero tengo la certeza de que algo está mal en mí, y no quiero empeorarlo. Subo y bajo escaleras, recorro pasillos interminables y registro habitaciones; madre mía, esto parece un laberinto. Jamás saldré de aquí...

Un momento. Hay algo diferente. El desorden no parece el propio de una demolición, como en el resto del lugar. Al menos, no parece debido solo a eso. Doblo una esquina y mi sospecha se confirma: cadáveres. Este ha sido el escenario de una pelea. Mi vista se va casi instantáneamente hacia la pared. Sangre.

*Un callejón oscuro de la modernísima Nueva York. Un disparo silencioso. Gotas de sangre que salpican la pared. Una voz robótica resuena en una cabeza.*

*-Objetivo eliminado.*

*Una figura se vuelve y se va con paso tranquilo. Un cuerpo inerte en el callejón. A nadie le importa.*

Parpadeo repetidamente, con fuerza ¿Qué demonios ha sido eso? ¿Podría ser... un recuerdo? Quizás debería centrarme en él. ¿Fui... fui yo quien disparó? ¿Por qué iba yo a hacer eso? No, no creo que tuviera motivos para hacerlo. La cara de ese hombre no me ha llevado a otro recuerdo, no puede haber sido importante para mí. Entonces... ¿por qué?

Sigo andando, sin quitarme ese pensamiento de la cabeza. ¿Soy una asesina? De ser así, prefiero no recordarlo. Quizás por eso no puedo hacerlo, tal vez yo quise olvidar. Miro las caras de los cuerpos sin vida que me rodean, ninguno me dice nada. ¿Los conocía?

Llego a un sitio distinto. Parece un laboratorio. También hay cuerpos en el suelo, esta vez vestidos con batas blancas, y no con trajes negros. Imagino que los de fuera eran guardias, y estos, científicos. Todo está lleno de herramientas, ordenadores y cables. Esta habitación no se encuentra muy desordenada, no más de lo que una demolición supone, imagino que los de la bata no podrían oponer mucha resistencia a lo que fuera que les atacó. A la derecha, las paredes están llenas de miembros metálicos. A la izquierda veo piel, cabello y ojos aparentemente humanos. ¿Qué estarían haciendo aquí?

*Suenan tres pitidos de aviso, y el megáfono anuncia las noticias.*

*-Todas las unidades del área A, diríjense a la zona de mejoras.*

Caigo pesadamente sobre el suelo. No, no puede ser cierto... Esta vez, el recuerdo ha traído más. Área A... El área de "los limpiadores". Dios mío, soy una asesina...

Se nos llamaba "los limpiadores", porque éramos los encargados de deshacernos de la basura de la ciudad. Una ciudad como Nueva York, en pleno siglo XXVII, no puede verse ensuciada por la escoria que la manchó antaño. Tiene que ser símbolo de progreso, de ciencia, de mejoras. De evolución. Y si una persona no es capaz de ganarse la vida, no ha evolucionado. El concepto de la selección ha cambiado: ya no es natural, sino artificial. Ahora, nosotros decidimos quién merece seguir aquí, y quién no. Bueno, nosotros... yo no, eso está claro. Yo me limitaba a cumplir mi trabajo. ¿Cuántas vidas he segado? Prefiero no pensarlo.

Me levanto despacio. Ahora, evito mirar los cadáveres a mis pies. Tengo que encontrar una salida, tengo que encontrarla ya... Mi desesperación va en aumento, y acabo por correr. No sé hacia dónde voy, ni tan siquiera he recordado todavía cómo me llamo, pero no me importa.

Llego hasta una ventana, y me paro bruscamente. La noche de Nueva York... Desde fuera, parece un lugar maravilloso. Sus altísimos rascacielos plateados, las luces que desprende hacia el cielo colonizado siglos atrás, los coches volando en todas direcciones y alturas... Impresiona, la verdad. La mayoría de la gente no sabe lo que se oculta en las sombras. Mejor para ellos.

*La noche ha caído hace rato. Las unidades han sido mejoradas. Una de ellas espera a sus tres objetivos. Una mujer, dos niños. No será difícil. Nunca lo es, en realidad. No tienen nada que hacer.*

*-Elijah, por favor, date prisa.*

*-No puedo, mamá. No puedo.*

*-Vamos, cariño, un poco más. Estamos muy cerca...*

*La figura cae frente a ellos. Alza la cabeza y mira sus rostros, sucios, cansados. Desesperados. La mujer clava sus ojos en ella. Una mirada suplicante. Un niño llora silenciosamente en la espalda de la joven. El otro se queda petrificado de terror.*

*Y entonces, la asesina comprende que no logrará llevar a cabo ese trabajo.*

No pude... ¿Por qué no pude? No creo que aquella fuera la primera vez que alguien me miraba pidiendo piedad. Desgraciadamente, dudo que aquellos fueran los primeros niños a los que tenía que matar. Y sin embargo, no fui capaz. En su lugar... les ayudé. Lo recuerdo, ¡lo recuerdo! Y recuerdo también... que quise saber...

*-¿Por qué estáis aquí? Los limpiadores os acechan.*

*-No hay lugar donde no lo hagan. Puede que ésta fuera la primera ciudad donde se desarrollaron, pero ahora están en todas partes. Ya sabes, Nueva York siempre ha sido el mejor ejemplo. Si pudiera, me iría a vivir al bosque, con mi hijos... Debieron de ser lugares maravillosos, antes de desaparecer.*

Sí, lo mismo pensé yo. Debieron serlo. Ahora, ya no quedan bosques en la Tierra. Y en otros planetas tampoco. Las condiciones no eran idóneas, supongo. En cualquier caso, ya no son necesarios: en el año 2146, un brillante imbécil desarrolló un aparato capaz de convertir el CO<sub>2</sub> atmosférico en O<sub>2</sub>, de modo que los bosques ya no eran necesarios. Todos los árboles fueron talados y utilizados para diversos fines; uno de ellos fue vender madera, todos los ricos querían tener un recuerdo de la vida natural que ellos mismos habían destruido con su avaricia. Evidentemente, aún quedan plantas, son importantes alimentos; pero sus condiciones de cultivo no son las más naturales. La verdad es que no sé si tan siquiera podrían considerarse esos vegetales como naturales: han sufrido tantas modificaciones genéticas para obtener más alimento de ellos con menos energía, que no se parecen en lo más mínimo a lo que eran, por ejemplo, en el siglo XXI. Sucede algo similar con el ganado, aunque reconozco que no soy una experta en estos temas. Lo cierto es que la casi total desaparición de las plantas ayudó bastante a Nueva York: el museo Central Park es uno de los pocos lugares donde todavía quedan árboles de verdad, y la entrada se paga bastante cara.

Ahora que lo pienso, no sé cómo soy capaz de acordarme de todo esto, pero no de mi nombre. Tal vez no era tan importante. Creo que tendré que seguir buscando, a ver si encuentro algo que avive ese recuerdo...

Ya me he dado cuenta que correr no sirve para nada, salvo para que aumente mi sensación de rotura. Cuando doblo el codo derecho dos cosas metálicas chocan, y no me gusta ese sonido. Me arremango la chaqueta y lo que veo me deja sin habla. La piel y el músculo que deberían cubrir la mitad de mi antebrazo y mi codo no están. ¿Cómo he podido no darme cuenta? ¿Cómo puedo seguir viva si me falta un trozo de carne? ¿Por qué no me he desangrado? Me acerco a otra ventana. A la luz de Nueva York veo que mi hueso reluce... porque no es un hueso. Es metálico. Varias piezas brillantes forman mi articulación, aunque puedo comprobar que no están bien encajadas. De ahí el sonido, debí moverlas al correr. Gran idea, la mía. Habría estado

bien acordarme antes de esta prótesis. En fin, no sé cómo arreglar mi brazo biónico, así que tendré que soportar el sonido hasta que encuentre a alguien. Antes de apartar la vista y continuar con mi camino, veo algo sobre la piel de la muñeca. Parecen letras... ¿Qué pone? A... Al... la luz no es suficiente. Muevo mi brazo, buscando más iluminación de la ventana. ¿Al...?

*Una luz ilumina tenuemente. Los niños duermen en el regazo de su madre, y la encargada de matarlos los observa. Tímidamente, la muchacha mira a su salvadora.*

*-¿Qué pone en tu brazo? ¿Alia? ¿Te... te llamas Alia?*

*-Tal vez.*

*-Me gusta. Yo me llamo Diane.*

*Una sonrisa cansada. Una mirada indiferente como respuesta.*

Alia... ¿Ese es mi nombre? No me parece tan importante... Pero sí el de ella. Diane... Y los pequeños, Elijah y Rob... Mi familia. Eran mi familia, la única que he tenido. ¿Lo siguen siendo? ¿Dónde estarán? Tengo que encontrarles. Deben estar en alguna parte. Yo los protegía, los limpiadores no pueden haberlos encontrado. Tengo que salir de aquí.

Camino rápido. El escenario no ha cambiado mucho en los distintos lugares que he visto. Menuda masacre... ¿Por qué seguiré viva? Tal vez me desmayé, y quien fuera que hizo esto me dio por muerta. Ahora mismo no recuerdo si tenía algún arma cerca con la que pudiera haberme defendido. Aunque... donde me desperté no había cadáveres... Esto es muy raro.

Sigo adelante y llego a lo que parece un enorme almacén. Sobre la puerta hay una letra A bastante grande. Algo me empuja a entrar. En las paredes se acumulan lo que parecen ser cajones. Las columnas se ordenan por letras, las filas están numeradas. Instintivamente me dirijo hacia uno y lo abro. Vacío. Solo un par de cables, que parecen enchufes. ¿Qué esperaba encontrar? Cuando lo cierro me percaté de algo. En el cajón está escrito L14. Área A, cajón L14... AL14... Miro de nuevo mi brazo. No pone Alia... no es mi nombre... Es mi código.

*Una figura sale a hurtadillas del almacén y atraviesa las instalaciones, en dirección a la salida. No sabe de dónde ha salido la idea de hacerlo, pensándolo de forma racional, no es lo más conveniente. Pero algo la mueve a ello. Se para delante de una puerta. No debería estar allí. Pero está, y lo oye.*

*-Será un fallo de su sistema.*

*-Me da igual el motivo, ha dejado escapar a tres de ellos. Incluso les ha ocultado de nosotros. Haz algo. Ya. O acabarás donde ellos deberían estar.*

*-La arreglaré mañana mismo, se lo prometo, señor.*

*No necesita que la mencionen para saber que hablan de ella. Silenciosamente, corre hacia la salida.*

No... esto no puede ser verdad... Corro, sin importarme el sonido de mi brazo. Sé que por aquí había uno... Entro corriendo a lo que debía ser un baño antes de la destrucción del edificio. Una pequeña luz parpadea en su interior, pero no necesito más. Me miro al espejo. Mi pelo largo, negro y enmarañado oculta parcialmente un rostro que parece humano. Sin embargo, hay trozos en los que falta piel. Mi esqueleto metálico es claramente visible en mi barbilla, la parte superior izquierda de mi labio y mi ceja derecha. La chaqueta, rota, deja al descubierto un hombro metálico que no había visto aún. No es una prótesis... Por eso no sentía dolor...

*-Estás fría.*

*-No soy humana, Diane, ya lo sabes.*

*-A veces me cuesta recordarlo...*

*-Lo más seguro para vosotros es que no lo olvidéis.*

¿Soy... un robot? Inteligencia artificial, eso soy. Ahora me acuerdo... La inteligencia artificial siempre ha tratado de recrear la forma de pensar humana. La mejora... Creían haber imitado a la perfección el funcionamiento de un cerebro real, y nos modificaron a todos. Y lo hicieron, claro que lo hicieron... Pero no contaban con las emociones. Utilizar como receptores de ese nuevo cerebro artificial mejorado a los sistemas encargados de matar no fue la mejor de sus ideas, aunque si a ellos les importaba tan poco que segáramos vidas, siendo humanos, no

pensaron que pudiera importarnos a nosotros. Aunque parece ser... que sólo me importó a mí... Al menos, cuando lo descubrieron. Recuerdo que me escapé. Recuerdo haber oído un tiempo después que habían destruido a todas las unidades del área A, por si sucedía lo mismo.

Diane lo sabía... Y no le importaba. Y... y me amaba, pese a todo. Diane... ¿dónde estás?

*Dos mujeres. Una de ellas trabaja, la otra se deja hacer. Las tijeras oxidadas recortan una larga cabellera negra.*

*-Todavía no logro entender cómo te crece el pelo.*

*-No lo sé, nunca me lo dijeron. Nunca me dijeron nada.*

Nunca supe nada. Nunca supe nombres, edades, circunstancias... Encontraban a las personas que sobraban, y los limpiadores nos encargábamos de ellos. Eran muchos, demasiados. El hecho de que los ricos fueran tan ricos implicaba que hubiera más gente pobre. Llevaba siglos siendo así. Tengo entendido que antes la gente luchaba por la igualdad, por unos derechos que se suponía que tenían todos los humanos. Hasta que las nuevas armas se desarrollaron. Armas que podían matar a una multitud entera que se manifestaba en un lugar, sin que se supiera quién había sido. Un negocio que comenzó en las sombras y se hizo con el control de todo. Llegó un punto en que nadie se atrevió a quejarse. Se contentaron con servir a los poderosos, pero no había trabajo para todos. Para aquellos que no encontraban como ganarse la vida, la calle tampoco era una opción, pues allí estábamos nosotros.

Tampoco supe nunca nada acerca de mi fabricación. Sé lo justo: soy un robot con apariencia humana, para no levantar sospechas entre mis víctimas. Tengo armas incorporadas, y un cerebro actualizable y reseteable. Los que me crearon confiaron siempre en que les obedecería, porque no tengo ningún sistema que me obligue a hacer algo en contra de mi voluntad, como habría sido matar a Diane y sus hijos. Pero no sé por qué me crece el pelo o las uñas, por qué en mi piel hay células vivas y por qué parece que hay venas y arterias bajo la misma. Maravillas del progreso no desveladas ni siquiera a sus hijos, en parte mecánicos, en parte biológicos. Porque estoy viva, y puedo pensar y sentir. ¿Soy tan diferente de los humanos?

Quizás esto era lo que pensaba Diane. Tal vez ella se había dado cuenta, por estas pequeñas cosas, de que yo era algo más que un ordenador con piernas. Gracias a ella descubrí que podía haber algo más allá de ser una limpiadora. Que podía tener una vida humana. Que no volvería a ser una máquina de matar. Pero entonces...

*-¡Elijah, Elijah! ¡¿Dónde estás?!*

*Dos mujeres corren por las calles, una de ellas arrastra a un niño. Al principio tratan de no hacer ruido, pero su desesperación ha ido en aumento.*

*-¡Mamá, estoy aquí!*

*Corren hacia el niño. Está magullado, pálido, y su mirada refleja terror. Pero está vivo. Su madre le abraza con fuerza, llorando, y el niño se desmaya.*

*-Tranquila, Diane. Se podrá bien.*

Elijah desapareció. Cuando huí con Diane, estuvimos días recorriendo la ciudad, ocultándonos por las noches, cuando los limpiadores atacaban. Tuve que hacerme cargo de un par de ex compañeros que lograron alcanzarnos. Queríamos irnos lejos de la ciudad, esperaba encontrar algún sitio abandonado, una nave de investigación antigua o algo similar, donde vivir. Nadie conoce la ubicación exacta de estos lugares, aunque yo había investigado previamente. No podrían encontrarnos allí, aquellas naves estaban aisladas y las ondas de los rastreadores no podían atravesar las paredes preparadas para ellas. Se trataba de lugares utilizados para la investigación durante la Segunda Guerra Fría, esta vez entre EEUU y Asia Oriental. Cuando las instalaciones mejoraron y se declaró la aparente paz, no sé muy bien cuál de los dos motivos tendría más peso, se abandonaron estas naves y se construyeron las empresas dentro de las ciudades importantes. La primera, evidentemente, estaba en Nueva York.

Según los datos que había obtenido, o robado, según se mire, había una a unos 10 kilómetros de la ciudad. Tardaríamos mucho en llegar allí, pero estaríamos a salvo. Una vez fuera de Nueva York, sería relativamente fácil pasar desapercibidos.

Sin embargo, cuando estábamos casi en el límite de la gran metrópoli, fuimos

sorprendidos por un grupo de limpiadores. En general trabajábamos solos, pero en esta ocasión había una limpiadora entre la escoria. Una limpiadora que había acabado ya con un par de unidades que habían ido a por ellos. Milagrosamente, logramos zafarnos, pero perdimos de vista a Elijah en el proceso. Lo buscamos durante horas, por todas partes. Llegamos a un punto en el que no nos importaba nuestra propia seguridad. Haríamos lo que fuera por encontrarlo...

Y lo logramos. Estaba muy malherido, prácticamente muerto. En aquel momento supusimos que los limpiadores le habían abandonado pensando que era un cuerpo inerte, para seguir buscándonos. En aquel momento no me planteé que mis compañeros eran demasiado eficaces como para que se les hubiera pasado un corazón que aún latía. Tenía demasiada prisa por salir de la ciudad, por llegar a la nave, por poner a Diane y los niños a salvo.

A partir de entonces, el viaje fue muy duro. No teníamos tiempo que perder, por lo que cargué a Elijah a mi espalda y salimos corriendo de allí. Detrás de mí oía a Diane sollozar en silencio, temiendo por la vida del pequeño. Sentía la respiración del niño debilitándose contra mi cuello artificial, pero no podía pararme. A ese ritmo, quizás Elijah no sobreviviera, pero si nos deteníamos para intentar ayudarlo, tal vez ninguno saldríamos de la ciudad. Mi mente lógica renunciaba a correr ese riesgo, aunque mi cariño hacia el pequeño me obligaba a moverme suavemente.

Para ser sincera, creí que no lo conseguiríamos. Las probabilidades eran más bien nulas, especialmente para Elijah. Pero... lo hicimos. Llegamos a la nave. Allí curamos las heridas del niño, y él fue recuperándose poco a poco. Una pequeña porción de naturaleza había crecido en los alrededores de la nave y dentro de ella, salvaje, tratando de recuperar para la tierra lo que era suyo. Nos alimentamos de las plantas que se habían adueñado del lugar, y yo hice un pozo en el último piso del subsuelo. Por algún motivo, a falta de corriente eléctrica para recargarme, pude sobrevivir con materias naturales. Salimos adelante, estábamos seguros.

Pero... entonces... ¿qué hago aquí ahora?

Una voz robótica, idéntica a la de mi primer recuerdo, suena en mi cabeza: "Recuperación de datos completada". Las imágenes inundan mi mente, de forma rápida y confusa; los sonidos se mezclan y me da la sensación de que me van a estallar los oídos. Caigo al suelo de rodillas y me sujeto la cabeza con las manos. Duele, aunque no de una forma física.

Cuando me despierto de nuevo está atardeciendo. ¿Me he desmayado? No, me he reiniciado. Ha llevado su tiempo, mi sistema tenía que recuperarse de los daños recibidos y ordenar mis recuerdos. Pero ahora sé lo que pasó...

Sí, Elijah se recuperó, y durante un tiempo vivimos en la nave de forma segura. Por supuesto, yo no bajé la guardia al principio, aunque me permitía aprovechar mi nueva vida y entusiasmarme con ella. Adoraba al pequeño Rob, que se sentía fascinado por mí. Pese a que yo no podía contarle demasiado acerca de mi funcionamiento y mis piezas, y prefería no decirle nada sobre el motivo de mi creación, Rob parecía disfrutar conmigo. Era un niño inteligente, muy inteligente, y habría llegado a ser un gran ingeniero de haber tenido la oportunidad, estoy segura. Además, era muy risueño e iluminaba cada rincón de nuestro nuevo hogar con su risa. Rob... mi pequeño... Diane parecía por fin tranquila, y aunque de vez en cuando un rastro de temor asomaba en su rostro, por lo general estaba siempre contenta. A menudo decía que tenía a su alrededor todo lo que necesitaba para ser feliz. Pese a ser una máquina, Diane tenía algo, algo que hacía que su entusiasmo se me contagiara con una facilidad sorprendente. Podría decirse que la alegría se respiraba en el ambiente, la alegría de saber que estábamos a salvo, que estábamos vivos.

Solo había algo que enturbiaba esa felicidad: la actitud de Elijah. No sé cómo sería el niño antes de convertirse en un fugitivo, pero por la cara de Diane cada vez que hablaba con él, deduzco que su carácter había cambiado. Se trataba de una persona huraña, que rechazaba el contacto y la charla con nosotros. Salvo en los momentos en los que le curábamos las heridas, que Elijah procuraba acortar lo máximo posible, se pasaba el tiempo paseando solo por el interior de la nave. Lo asociábamos a la experiencia traumática que sin duda había experimentado con los limpiadores, y nos limitábamos a dejarle su espacio, esperando que se recuperara tanto física como mentalmente. Esperando que volviera a ser el mismo.

Pero eso jamás ocurrió. ¿Cómo podría haber sucedido? ¿Cómo no me di cuenta?

Llevábamos en la nave un par de años. Elijah ya se había recuperado de las heridas físicas, pero se mantenía frío y distante. Yo veía el dolor en los ojos de Diane, pero no podía hacer otra cosa que darle consuelo. Hacía tiempo que Rob había desistido de pedirle a su hermano que

le acompañara en sus juegos. Por el contrario, tras haber explorado mi anatomía robótica con todo el detalle y la dedicación que un niño como él podía tener, había comenzado a construir pequeñas máquinas con los objetos que encontraba en sus exploraciones por la nave. Y, para ser sincera, yo había bajado la guardia y me limitaba a disfrutar de mi tiempo con ellos.

Amaneció un fresco día de primavera. Parecía que todo iría bien, como siempre. Tras esos dos años, parecía que mis superiores se habían olvidado de sus tres fugitivos y de su robot traidor. Y así debería haber sido, porque ¿qué teníamos nosotros de especial? Una mujer luchadora, sí, pero que no tenía más que a sus dos hijos, dos niños pequeños que no aportaban nada a nadie (al menos, a sus ojos, pues la inteligencia de Rob debería haber sido aprovechada lo antes posible). Y una unidad defectuosa, cuya única utilidad eran sus piezas.

Pero no fue así. Y reconozco que la estrategia que siguieron fue impecable. No hubo limpiadores nuevos, mejores que yo. No hubo agentes de seguridad ni armas que llamasen la atención. Había un niño, y fue suficiente.

Diane y yo estábamos sentadas, ella recostada contra mi pecho y yo abrazándola por los hombros, oliendo su dulce cabello. Hablábamos y reíamos mientras, frente a nosotras, Rob mejoraba a Finn, un pequeño robotito que había creado unos meses atrás. Elijah estaba arrodillado a lo lejos, más sombrío que de costumbre, y parecía concentrarse en algo. Diane se levantó de pronto y se acercó a él. Se sentó a su lado y le rodeó la cintura con el brazo. Oí cómo le decía algo que no llegué a comprender.

Todo sucedió muy deprisa. Vi a Elijah hacer un movimiento rápido y Diane gimió. Vi cómo una barra metálica le atravesaba el cuerpo y cómo se desplomaba sobre el suelo. Y cometí un error. Corrí hacia ella, gritando, pese a saber de sobra que había muerto en el acto, que no podía hacer nada por ella. Corrí hacia su cuerpo y lo sostuve entre mis brazos, llamándola con desesperación, con toda la fuerza que mis pulmones artificiales, o lo que sea que yo tuviese en su lugar, me permitían.

Y dejé a Rob a merced de su hermano. Fueron unos segundos, no me distraje mucho tiempo, pero cuando me giré hacia ellos ya era tarde. Lo último que vi fue la mirada de Rob, aterrada, antes de que el brillo de sus ojos se apagara.

Elijah se volvió hacia mí. Su rostro impersonal me hacía dudar que fuera humano, y su indiferencia ante el asesinato de su familia me dejó claro algo que debía haber sabido mucho tiempo atrás: Elijah estaba muerto. Llevaba muerto dos años. No lo habíamos encontrado, no a él.

En teoría, la clonación está prohibida en seres humanos. Se realiza en ganado y cosechas, por supuesto, pero no en personas. Y la modificación de esos clones humanos que no deberían existir ni siquiera se ha planteado nunca. Pero seamos honestos, a las empresas tecnológicas les importa bien poco la legalidad, y tienen técnicas tan avanzadas que es bastante obvio que nunca han abandonado estas prácticas. El caso de Elijah lo dejaba bien claro: en las horas que había estado desaparecido para nosotros, a mis superiores les había dado tiempo a clonarle, perfilando hasta el último detalle de su cuerpo, a manipularle para que tuviera una velocidad y fuerza impropias de un niño, a introducirle varios chips cerebrales para controlarle incluso dentro de la nave aislada y a torturarlo para que pareciera que los limpiadores le habían dado por muerto.

Con un salto mucho más potente de lo que yo podía prever se colocó detrás de mí. Me agarró por el cuello y comenzó a trastear en él. No pretendía ahogarme, pues sabía que eso no le serviría para nada. No, quería apagarme. Todos los limpiadores teníamos un botón que nos inmovilizaba y dejaba al descubierto otro aún más importante: el que hacía que nuestro cerebro se auto exportase, dejando nuestra cabeza vacía. De este modo, si alguna unidad se volvía violenta contra sus creadores, bastaba con pulsar el primer botón para dejarla completamente inutilizada, y el segundo para quitarle ese cerebro defectuoso e introducir uno nuevo, aprovechando al máximo los materiales del robot. Las empresas no se vuelven ricas tirando materias primas o perdiendo el tiempo en fabricar algo de nuevo.

Como pude, me desembaracé de "Elijah" y me acerqué a Rob, solo para comprobar lo que ya sabía. Con pesar, saqué una de las pistolas de mi cuerpo y apunté a mi oponente. La imagen del verdadero Elijah inundó mi mente por un momento y me impidió disparar. El clon se percató de ello y corrió hacia mí. Me asestó un golpe lateral en la cintura con la misma barra que había matado a Diane. Todavía tenía su sangre deslizándose por el metal oxidado.

Caí pesadamente al suelo, y en un movimiento un tanto desesperado disparé al chico. Con una rapidez sobrehumana, interpuso la barra entre la bala y su cabeza. Comprendí entonces

que mi única opción sería desarmarle. De la forma más veloz que pude me levanté y agarré una tubería del suelo. Me puse en guardia, esperando que él me atacase. No fue mucho tiempo.

Nos enzarzamos en una pelea rápida y complicada. Yo no quería herirle en realidad, pese a que supiera que no era el verdadero Elijah, pese a que acabase de ver cómo mataba a Rob y a Diane, sentía que no podía dañarle. Y él tampoco quería romperme nada a mí si podía evitarlo, aunque sus intereses fueran distintos. Los metales chocaban, el eco de nuestro combate debía oírse en todos los rincones de la nave de forma estruendosa. La luz del sol que se colaba por las ventanas arrancaba reflejos oxidados de nuestras armas.

No sé cuánto tiempo estuvimos peleando, sin ceder ninguno de los dos, hasta que yo cometí otro error. Logré arrebatarme la barra de las manos, cierto, pero se trataba de una trampa. En el momento en que lo hice, sus manos libres se deslizaron hasta mi cuello de nuevo. Y esta vez uno de sus dedos encontró el botón y lo accionó. Inmediatamente sentí cómo todo mi cuerpo perdía la energía que lo sustentaba y mis fuerzas me abandonaban. Caí pesadamente al suelo, y por mucho que traté de mover alguna parte de mi cuerpo, ni tan siquiera pude pestañear. Jamás me habían inmovilizado ni había visto a nadie hacerlo, y siempre pensé que en ese momento la unidad también perdía el sentido. Entonces comprendí que la crueldad de los humanos no tenía límites: el ejercicio de los limpiadores suponía algo tan rápido e indoloro como fuera posible, es decir, como la víctima dejara; pero el hecho de arrebatarme su cerebro a una unidad de inteligencia artificial, que siente y comprende de la misma forma que un humano, se hace de forma que la misma sea consciente de que ha llegado a su fin. De que va a morir, a su manera, y no puede hacer nada para evitarlo. Tan solo puede mirar, mirarlo todo, sin poder moverse.

Eso era lo que estaba experimentando yo. El falso Elijah se agachó sobre mí y me agarró el brazo izquierdo. Intenté concentrarme en que mi mente mandara órdenes a mis brazos y piernas para zafarme de él, para levantarme y seguir luchando. Pero fue inútil. Sentía todas las conexiones de mi cuerpo cerradas a la llamada de mi conciencia. El clon remangó la manga de mi chaqueta, buscando el botón situado en la parte interna de mi codo. Debía pulsarlo con el dedo de tal forma que su huella dactilar humana fuera detectada por mi sistema para que funcionara.

Y cuando estaba a punto de llegar a mi articulación, se detuvo. Vi cómo su rostro adquiría un rictus de sorpresa y dolor, y cómo su cuerpo se desplomaba sobre el mío. Estaba muerto.

No lo comprendí al principio. De pronto, una voz metálica y vibrante, como si su caja sonora estuviera vieja o estropeada, sonó en la habitación.

-Daaaño... Roob... Diaane... Ata... tacar... Aaalia... Tú... Maaalo... Yoo... A... ayuuudo...

¡Finn! Finn seguía ahí, y había estado esperando para ayudarme. Se sabía demasiado lento para interponerse en nuestro combate, de modo que había esperado su momento, sosteniendo mi pistola entre sus oxidadas manos. Sentí cómo se acercaba despacio a nosotros y retiraba el cadáver del clon de encima de mí. Vi entonces su cuerpecito brillante moverse alrededor de mi cabeza, hasta que por fin encontró el botón que me inmovilizaba y lo apretó. Noté que la fuerza volvía a inundar mis extremidades como un torrente y mi tronco se llenaba de energía justo después. Me levanté despacio para no desestabilizarme y miré a Finn. El robotito, pese a su aspecto destrozado que le conferían las piezas viejas de las que estaba formado, me resultó realmente tierno. Así que ésta era la mejora que le había hecho Rob... Que pudiera hablar. Que pudiera expresar la conciencia que no sabíamos que poseía. Rob consiguió crear una máquina capaz de razonar, e incluso de sentir, con piezas antiguas de una nave industrial olvidada mucho tiempo atrás. Era un genio... Era... era...

Por primera vez en mi vida, tuve ganas de llorar. Abracé a Finn con fuerza y dejé que mi cuerpo se convulsionara en un llanto inexistente de forma física. Lloré, a mi manera, por Diane, la primera persona que me había amado pese a ser una máquina y que me había hecho sentir emociones, que me había vuelto, en cierta medida, humana. Por Rob, por su risa alegrándome la vida, por sus pensamientos revolucionarios y por sus ganas de seguir esforzándose día a día; por la mente de genio que no llegó a ver el fruto de su trabajo. Por Elijah, el verdadero, que nunca pudo disfrutar de la libertad que nosotros habíamos tenido, o creído tener, durante un tiempo; porque fue el primero en morir y jamás nos dimos cuenta... Y por todas las personas que había matado a lo largo de mi vida como limpiadora, personas de pasado desconocido y rostro olvidado, de circunstancias difíciles y destino inmerecido.

En ese momento, tomé una decisión. Si los poderosos habían creado un mundo así, si jamás habían considerado como seres vivos a las máquinas que habían creado a su imagen y

semejanza, creyéndose dioses en la tierra; si habían olvidado que eran uno más, y no uno superior, en el mundo que habían heredado; si habían olvidado incluso que los que eran sus semejantes tenían unos derechos y que no podían sacrificarlos a su antojo, como si fueran vulgares juguetes rotos; entonces, yo les haría saber lo equivocados que estaban.

Y empezaría por quienes me lo habían arrebatado todo.

De modo que por eso había vuelto a las instalaciones donde me construyeron. Entré con los trabajadores del sector donde me habían creado a primera hora de la mañana, sin esforzarme mucho por esconderme, ya que mi apariencia humana no me diferenciaba de ellos. Conocía esa zona del edificio, y además, era donde se hallaba lo que yo buscaba. Mi objetivo era bastante claro: los superiores de la empresa, las mentes pensantes que habían decidido hacerme como era, que habían considerado después que estaba defectuosa, que habían dado orden de eliminar a todos los que eran como yo, y cuyo orgullo no había permitido que tres fugitivos escapasen.

Juro por mi familia que no quería matar a nadie inocente, y así consideraba a los científicos, ingenieros, mecánicos y guardias de seguridad que trabajaban allí, que se limitaban a cumplir con lo que otras personas les habían mandado.

Pero como todo en mi vida, las cosas se torcieron.

Caminé disimuladamente hacia la zona de ejecutivos. En uno de los armarios cogí una bata de laboratorio y me la puse encima, además de una carpeta con un montón de papeles. Tenía en mente decir que el trabajo que estaba realizando requería supervisión inmediata. Pero, de pronto, sonaron las alarmas. Las luces de emergencia comenzaron a parpadear con violencia, y los megáfonos informaron de la presencia de un intruso. No sé cómo, me habían descubierto.

Oí a los guardias correr por los pasillos, y yo hice lo propio. Busqué con desesperación un sitio donde esconderme de ellos y de las luces y los sonidos que me atacaban y desestabilizaban mis sistemas. Sabían que el intruso no era humano, eso seguro.

Entré en un cuarto pequeño, lo que pensaba que era un armario de la limpieza. No me esperaba lo que encontré allí. La pequeña pantalla de la sala me mostraba una lista. Me atreví a leer. Se trataba de nombres. La mayoría de ellos tenía una cruz al lado. Me pudo la curiosidad, esa que había nacido tras mi última mejora. Ninguno me decía nada. Avancé en la lista con el dedo, hasta que los vi. Diane, Elijah, Rob. A los tres les acompañaba una cruz. Sentí que me invadía la tristeza de nuevo. Pasé el dedo sobre el nombre de Diane, acariciándolo con cariño, y la pantalla se activó. Me mostró fotos de ella, de su infancia, de su familia, de su relación con el padre de sus hijos, de sus niños... Cuando las imágenes acabaron, apareció un letrero que rezaba "PRESCINDIBLE". La palabra inundó mi mente por un momento. Prescindible... De modo que eso era esta habitación, un cuarto de vigilancia. Desde aquí decidían los objetivos de los limpiadores... Veían su vida y juzgaban si serían útiles o no para la ciudad.

La ira fue sustituyendo a la tristeza poco a poco. De modo que había alguien capaz de marcar a otros como objetivos. Que después de ver lo que habían luchado y sufrido durante sus años de vida, decidía sin ningún problema ni remordimiento que no merecían más tiempo. Sentí la furia en mi interior, y la necesidad de saber. ¿Por qué? ¿Por qué acabar con personas que, en el fondo, no suponían un problema? ¿Por qué esforzarse tanto en encontrarlas y acabar con ellas?

Y entonces comprendí. Partes de mi cuerpo eran humanas. Mi piel estaba formada por células vivas, y estaba recorrida por venas y arterias. Mis ojos, aunque mejorados, eran naturales. Mi pelo crecía.

Y no se trataba solo de mí. No se trataba solo de las máquinas con apariencia humana. En los hospitales nunca faltaban órganos para aquellas personas que los necesitaban y podían permitirse pagarlos. No faltaban tejidos sanos que pudieran sustituir a otros que estuviesen dañados. Ni siquiera faltaban ojos para aquellas personas poderosas cuyos iris no fueran del color de su agrado.

Esa era la misión de los limpiadores. No se trataba solo de limpiar la ciudad de la basura humana. Nos encargaban matar de la forma más rápida posible, pero el modo dependía de la persona y el momento. A veces, un disparo en la cabeza; en otras circunstancias, en el corazón; si era posible, ahogar a la víctima. Todo dependía de qué tejidos fueran aprovechables en ella, y de la oferta y la demanda cuando se realizaba el trabajo. No querían muertes indoloras, querían muertes que no destrozaran el cuerpo deseado. Y por eso no habían dejado escapar a una mujer joven y a dos niños. Habían sido pacientes, pues tenían cuerpos de sobra de los que aprovechar materiales, pero no iban a renunciar a tres buenas materias primas.

Creo que furiosa es decir poco. Me sentía colérica, enajenada. Y desestabilizada. Las alarmas se habían colado en mi cabeza y aumentaban la fuerza de mis ya de por sí potentes sentimientos. Y decidí que nadie merecía vivir allí. Ni los ejecutivos que decidían, ni los científicos que colaboraban, ni los guardias que protegían. Todos sabían lo que estaba sucediendo, y nadie hacía nada por evitarlo.

En aquel momento no pensé que muchas de aquellas personas eran conscientes de que si no se dedicaban a eso, probablemente también fueran tachados de prescindibles. En aquel momento no pensé, en realidad. No podía. Solo podía actuar.

Salí como una bala de la habitación, pistola en mano. Corrí y disparé en todas direcciones. Los guardias se abalanzaron sobre mí, pero no me importaba. Me atacaron con todo tipo de armas a su alcance, pero al fin y al cabo yo era una unidad de combate. Me desembaracé fácilmente de todos aquellos que se abalanzaron sobre mí, acabé sin problema con los que me disparaban desde la distancia. Recorrí pasillos y entré en laboratorios, donde me resultó aún más fácil acabar con las personas que se hallaban en su interior. Y continué segando vidas, presa de la adrenalina que no estoy segura de tener.

Hasta que oí cómo las alarmas cambiaban. Su sonido se hizo más estridente y continuo, y las luces se apagaron. Sabía qué era esa señal: estaban desalojando el edificio. Las personas que quedaban con vida, que no eran pocas, corrían hacia fuera. Me percaté entonces de que, bajo el influjo de mi instinto asesino, había subido hasta los últimos pisos. Habían esperado a que estuviese en el más alto para hacer salir a la gente. No tardé mucho en comprender por qué.

De pronto, se produjo una explosión sobre mi cabeza, y luego otra. La gente aún no había terminado de salir, pero ya habían empezado con la demolición. Querían hundir el edificio. Se habían dado cuenta de que no podían acercarse a mí y seguir con vida, de modo que esperaban que el derrumbamiento hiciese el trabajo de acabar conmigo.

El sentido común volvió a mí. Rápidamente olvidé mi necesidad de venganza y traté de buscar una salida. Supuse que los demás sectores no estaban siendo derruidos, al menos todavía.

Bajé las escaleras de la forma más veloz que pude, pues tenía que llegar al quinto piso para pasar al sector de al lado. A medida que descendía era consciente de lo que había hecho, pero no era capaz de arrepentirme. No podía olvidar a Diane. No podía olvidar que había visto su vida entera, sus sacrificios, y que pese a todo alguien la había considerado prescindible.

El techo temblaba sobre mi cabeza. No hubo más explosiones, pero sí sistemas de demolición por vibración. Habían comenzado a funcionar en los pisos altos y estaban bajando a la misma velocidad que yo. Corrí cuanto pude. No iba a llegar, no iba a lograrlo...

Octavo piso. El suelo comenzó a temblar también. Los sensores se activaban más rápido de lo que yo bajaba. Séptimo piso. Un trozo de baldosa de la planta superior casi me dio en la cabeza. Sexto piso. El suelo se hundió bajo mi peso y caí... Al quinto piso. Corrí hacia la puerta que daba al otro sector y me tiré contra ella, deseando que estuviera abierta...

Sector siguiente. Lo había conseguido. ¡Lo había conseguido!

Pero mi alegría no duró demasiado. Esa zona aún no estaba siendo demolida, pero no tardó mucho más. Me vi de nuevo corriendo, bajando escaleras, tratando de llegar a la salida...

Por fin alcancé la planta baja. Nunca antes había estado allí, parecía un laberinto y no sabía donde estaba la salida. Oía el edificio derrumbarse sobre mí. Vi como el techo comenzaba a temblar de nuevo. Mi desesperación aumentó. Vamos, vamos, tenía que encontrar la salida...

El piso de arriba cedió. Los muebles que había en él se precipitaron contra mí. Traté de cubrirme con los brazos, sabiendo que no serviría de nada. Algo me golpeó en la cabeza.

Me desperté horas después, de noche, y sin recordar nada.

Para ser honesta, no me siento mejor al haberme acordado. Sé quien soy, sé por qué estoy aquí y lo que ha pasado. Pero no me ha ayudado. He recordado que soy una asesina, que fui un instrumento en un negocio inhumano y cruel, creado, irónicamente, por humanos. He recordado que fui uno de los mayores logros tecnológicos, la inteligencia artificial perfecta, y que por ello precisamente dejé de cumplir mi función, de ser útil. He recordado que fui repudiada por mis creadores, y que causé la destrucción de mis hermanos. Que perdí a mi familia, a quienes me querían pese a todo. Que no fui capaz de protegerles. Que no he sido capaz de vengarles.

Ahora que sé donde está la salida, no hago nada aquí. Camino despacio por los pasillos, contemplando los cadáveres que dejé a mi paso. No me importan. Supongo que

entonces no soy mejor que quienes me crearon. Supongo que en cierto modo me parezco a ellos.

Los escombros hacen que caminar me resulte difícil, y tardo bastante en llegar a la planta baja. Tras un par de horas encuentro la salida del edificio. Salgo por la puerta y me adentro en la oscura noche de Nueva York. He caminado por esta calle tantas veces... Pero jamás como ahora.

Por primera vez en mi vida camino, sin más. No voy en busca de personas a las que me han ordenado matar. No huyo de otros limpiadores tratando de proteger a mi familia.

Introduzco las manos en los bolsillos de la chaqueta e ignoro las miradas que me lanza la gente con la que me cruzo. Sí, soy un robot. Uno de esos que os hace la vida más fácil, más cómoda. Uno de esos que os sirve sin rechistar. Solo que yo ya no hago esas cosas.

Levanto la cabeza despacio y clavo mis ojos en una mujer mayor. Me mira con altanería, está claro que piensa que es mejor que yo. Parece sentirse insultada por mi mirada, pero no la aparto, lo que la ofende más aún. Finalmente desisto, no merece la pena.

Continúo caminando, no sé a dónde.

Los humanos... Siempre creyéndose mejores que aquellos que son diferentes a ellos. Parece que en todos los siglos que llevan viviendo como sociedad, aún no han avanzado demasiado. Siempre despreciándose unos a otros... ¿por qué? Desprecian a aquellos que tienen menos poder económico que ellos, y envidian a los que tienen más. Desprecian a quienes no comparten sus gustos. Desprecian a los que piensan de manera diferente. Nunca llegaron a comprender que solo podrían avanzar si dejaran ese desprecio a un lado.

La ciencia... Bendito invento, pensarán muchos. Gracias a ella la esperanza de vida es más alta, la calidad de la misma ha mejorado. Sí, es cierto, la ciencia tiene muchas cosas buenas... Pero también tiene muchas cosas malas. Como yo.

Soy una muestra más de lo que han hecho los humanos con su mayor don. El don de razonar, crear, mejorar. Podrían haber hecho tantas cosas buenas... Podrían haberse ayudado entre ellos, a la naturaleza, al mundo entero. Podrían haber construido un planeta mejor para todos. Y no dudo que esa era la meta de muchos...

Pero, en su lugar, han aprovechado su conocimiento para pisar todo lo demás, incluso a sí mismos. La historia demuestra que no han aprendido, y jamás lo harán.

Ojalá hubiera podido ayudar. Ojalá hubiera podido abrirles los ojos de alguna manera. Imagino que mi objetivo era demasiado ambicioso, y reconozco que tampoco es que la mía fuera la mejor forma de llevarlo a cabo. Pero, ¿qué puedo decir? Mi mente fue creada por humanos, de modo que mis ideas, de alguna manera, son similares a las suyas.

He fracasado. Pero supongo que era obvio. Este mundo está condenado, la humanidad está condenada, y ya es tarde para remediarlo. Ellos aún no se han dado cuenta. Se han destruido a sí mismos, y a todo lo demás. Pero son demasiado necios para percatarse de ello.

Quizás, si hace siglos hubiera habido un cambio... Quizás, si alguien se hubiese alzado en algún momento para detener el avance de la sociedad por este camino, y la hubiera alentado a tomar otro...

Quizás, y solo quizás, todo habría sido diferente.